

rabán este golpe. Los de París quisieron resistir. El guardasellos, arzobispo de Burdeos, les rogó no hicieran nada, porque se hubiera reanudado en Noviembre el gran movimiento de Octubre. Registraron los decretos é hicieron tardamente el ofrecimiento de administrar justicia gratuitamente.

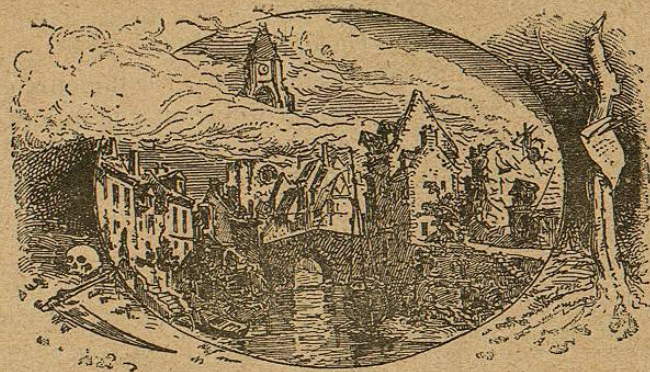
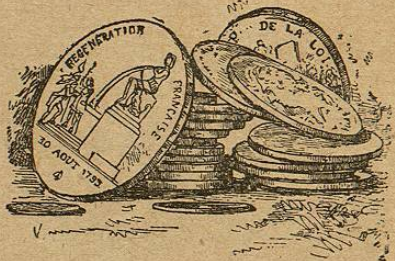
Los de Rouen registraron también; pero secreta y prudentemente escribieron al rey diciéndole que lo hacían provisionalmente y por sumisión á él.

Los de Metz dijeron otro tanto públicamente, con audacia, explicando su acto ó fundamentándolo en la *no libertad* del rey. Estos podían mostrarse bravos al amparo de los cañones de Bouillé.

El tímido obispo, guardasellos, se siente poseído de verdadero terror. Mostró el peligro al rey; la Asamblea va á responder, á irritarse, á lanzar al pueblo.

El medio de salvar los Parlamentos era que el rey mismo se encargara de condenarlos. Así estaría en mejor posición para intervenir é interceder.

Ya, en efecto, las ciudades de Metz y de Rouen denunciaban á sus Parlamentos y pedían su castigo. Aquellos orgullosos organismos se vieron solos, teniendo á toda la población contra ellos. Entonces se retractaron. Metz mismo pidió misericordia para los culpables. Y la Asamblea perdonó. (25 de Noviembre de 1789.)



CAPITULO IV

Resistencias.—Parlamentos.—Movimiento de las federaciones

Trabajos de la organización judicial.—El Parlamento de Bretaña en la barra, 8 de Enero de 1790.—Los Parlamentos de Bretaña y Burdeos condenados (Enero, Marzo).—Origen de las federaciones; Anjou, Bretaña, Delfinado, Franco-Condado, Ródano, Borgoña, Languedoc, Provenza, etcétera.—La guerra contra los castillos reprimida; las ciudades defienden á los nobles, sus enemigos (Febrero 1790).

La resistencia más obstinada fué la del Parlamento de Bretaña. Por tres veces se negó á hacer el registro y se creía capaz de poder mantener esta negativa.

De una parte tenía la nobleza que se reunía en Saint-Malo, los numerosos y muy fieles criados de los nobles, los suyos, su clientela en las ciudades, sus amigos en los gremios y en las corporaciones; agregad á esto la facilidad de reclutar adictos entre aquella multitud de obreros sin trabajo, de gentes que vagaban por las calles muriéndose de hambre.

Las ciudades los veían trabajar, preparar la guerra civil. Rodeados de regiones hostiles hubieran podido ser combatidos por hambre; pero las ciudades se apresuraron á cortar la cuerda que comenzaba á amarrarlas.

Rennes y Nantes, Vannes y Saint-Malo enviaron á la Asamblea enérgicas acusaciones, declarando que abjuraban de toda relación con los traidores. Sin esperar nada más, la guardia nacional de Rennes entró en el castillo y preparó sus cañones (18 de Diciembre del 89).

La Asamblea tomó dos medidas. Ordenó al Parlamento de Bretaña que compareciera ante ella y accedió á la petición de Rennes, que había solicitado la creación de otros tribunales.

Entonces comenzó la Asamblea su hermoso trabajo sobre la organización de una justicia digna de este nombre, no pagada, no comprada ni hereditaria, salida del pueblo y para el pueblo.

El primer artículo de tal organización era necesariamente la supresión de los Parlamentos (22 de Diciembre del 89).

Thouret, autor del informe, establecía perfectamente esta verdad, demasiado olvidada después; que una revolución que quiera ser duradera debe ante todo arrancar á sus enemigos la espada de la justicia.

Extraña contradicción, pero muy real y humana en todo sistema: «Soy adversario de tu principio; lo odio en las leyes y en el gobierno; pero en todo asunto privado lo aplicaré contra tí...»

De este modo, ¿cómo desconocer el enorme poderío, modesto y sordo, pero terrible, del poder judicial y su invencible absorción?

Todo poder tiene necesidad de él mismo para trasladarlo á los demás. Dadme el poder judicial, guardad vuestras leyes y vuestras ordenanzas, todo ese mundo de papel, y me encargo de hacer triunfar el sistema más contrario á vuestras leyes.

A pesar suyo, los viejos tiranos parlamentarios de Bretaña tuvieron que comparecer y arrojarse á los pies de la nación (8 de Enero). Si voluntariamente no hubieran venido, la Bretaña hubiera levantado un ejército expresamente para traerlos.

Comparecieron con arrogancia, disimulando mal el desprecio que sentían por aquella Asamblea de abogados, no pensando más que en los días en que acaparando en sus manos todo el poder, se envanecían con la soberbia torpe de su autoridad. Según ellos, los papeles estaban cambiados.

Pero ¿qué importaban las personas? Era delante de la razón donde había necesidad de responder; delante de los principios proclamados por vez primera después de los siglos.

Su soberbia se abatió cuando en aquella Asamblea de abogados fueron lanzadas estas palabras: «Se dice que Bretaña no está representada y en esta Asamblea tiene sesenta y seis representantes... No es en las viejas cartas donde la mala fe que combinada con la fuerza ha encontrado medio de oprimir al pueblo, donde hay que buscar los derechos de la nación; es en la razón donde hay que buscarlos; sus derechos son antiguos como el tiempo, y sagrados como la naturaleza.»

El presidente del Parlamento de Bretaña no defendió al Parlamento encausado. Defendió á Bretaña, que no quería ser defendida y que no tenía necesidad de ello. Alegó las cláusulas del matrimonio de Ana de Bretaña, matrimonio que no era mas que un divorcio organizado y estipulado entre Bretaña y Francia. Apoyaba este divorcio como un derecho que debiera ser eterno.

Odiosa é insidiosa defensa dirigida no á la Asamblea, sino al orgullo provincial; cobarde provocación á la guerra civil.

¿Podía Bretaña tener miedo, empequeñecerse convirtiéndose en Francia? ¿Tal separación podía durar siempre? ¿No debía llegar, tarde ó temprano, un momento en que se hiciera un casamiento más verdadero?

Bretaña ha ganado bastante con participar de la gloria del imperio,

y el imperio ciertamente ha ganado en sus desposorios con la pobre y gloriosa región, de voluntad de granito, madre de grandes corazones y de grandes resistencias.

De este modo la defensa de los Parlamentos, demasiado malvada, se convertía en la defensa de las provincias, de los Estados provinciales.

Pero estos Estados eran mucho más débiles todavía en un sentido.

Los Parlamentos eran cuerpos homogéneos, organizados; los Estados no eran otra cosa que monstruosas y bárbaras construcciones heterogéneas y discordantes. Lo mejor que se podía decir en favor suyo era que tal de ellos, los del Languedoc por ejemplo, habían administrado sabia y prudentemente la injusticia. Otros, los del Delfinado, bajo la hábil dirección de Mounier, habían tomado la víspera de la Revolución una noble iniciativa.

El mismo Mounier fugitivo, arrojado en la reacción, había abusado de su influencia sobre el Delfinado, para hacer indicar una próxima convocatoria de los Estados, «donde se examinaría si efectivamente el rey estaba libre.»

En Tolosa, uno ó dos centenares de nobles y de parlamentarios habían simulado un ensayo de reunión de los Estados.

En Cambresis, imperceptible Asamblea de un país que se intitulaba Estado, había reclamado el privilegio de no ser Francia y dicho como la de Bretaña: «Somos una nación.»

Estas falsas é infieles representaciones de las provincias venían audazmente á hablar en su nombre. Verdad es que recibían en seguida violentos mentís.

Las municipalidades, resucitadas, llenas de vigor y de energía, llegaban una á una ante la Asamblea nacional á decir á estos Estados y á estos Parlamentos: «No habláis en nombre del pueblo; el pueblo no os conoce; no representáis más que á vosotros mismos, la venalidad, la herencia, el privilegio gótico.»

La municipalidad, cuerpo real viviente impuesto por la fuerza de sus golpes y sus iniciativas, viene á decir en concreto á estos otros antiguos cuerpos artificiales, á estas viejas ruinas bárbaras una frase equivalente á la que ya se lanzó ante el cuerpo yacente del clero: «¡No existís!»

Causaron piedad á la Asamblea: todo lo que hizo con la de Bretaña fué declarar á sus miembros inhábiles para hacer precisamente lo que ellos no querían hacer y prohibirles toda función pública hasta que hubiesen pedido permiso para prestar juramento (11 de Enero).

La misma indulgencia y conmiseración tuvo dos meses después para el Parlamento de Burdeos, que aprovechando los desórdenes del Mediodía, se atrevió hasta á hacer una especie de requisitoria contra la Revolución, declarando en un acto público que no había hecho más que mal y daño, y llamando insolentemente á los diputados con burlescos calificativos.

La Asamblea tenía poco que hacer. El pueblo bastaba para ello. Bretaña comprimió al Parlamento de Bretaña, y el de Burdeos fué acusado ante la Asamblea por la ciudad misma de Burdeos, que envió expresamente para sostener la acusación al joven y ardiente Fonfrede (4 de Marzo).

Estas resistencias eran insignificantes en medio del inmenso movimiento popular que se notaba en todas partes. Jamás después de las Cruzadas ha habido un estremecimiento semejante de las masas tan general ni tan profundo. Explosión de fraternidad, en 1790 se convierte en la explosión de la guerra.

¿Dónde comienza esta explosión? En todas partes. No se puede designar un origen preciso á estos grandes hechos espontáneos.

En el estío de 1789, bajo el terror de los bandoleros, las habitaciones dispersas en los campos, las aldeas mismas se quejan de su soledad; aldeas y aldeas se unen; se juntan ciudades y ciudades; la ciudad misma con la campiña. Confederación, socorros mutuos, amistad fraternal, fraternidad, he aquí la idea y el título de estos pactos. Pocos, muy pocos de ellos son escritos todavía; los más son verbales; espirituales, casi.

La idea de fraternidad es al comienzo bastante limitada, no abarcando más que á los vecinos y á lo sumo á la provincia. La gran federación de Bretaña y Anjou tiene todavía este carácter provincial. Convocada el 26 de Noviembre no se reunió hasta Enero.

En el punto céntrico de aquella región, que es casi una isla, lejos de todos los caminos, se reunieron en el solitario pueblo de Pontivy los representantes de ciento cincuenta mil guardias nacionales. Los jinetes solamente llevaban uniforme común; chupas rojas y calzones negros; los demás se distinguían por cintas de colores rosa, amaranto, pajizo, etc., recordando en la unión misma la diversidad de las ciudades que los enviaban.

En su pacto de unión, al cual invitaron á todas municipalidades del reino, insistieron para formar siempre una familia de Bretaña y Anjou, «cualquiera que fuese la nueva división departamental, necesaria á la nueva administración.»

Establecieron entre sus ciudades un sistema de correspondencia, de modo que en la desorganización general, en la incertidumbre en que todavía se encontraban los organismos nuevos, se arreglaron para estar al menos organizados aparte.

En los países menos solitarios, cruzados por grandes vías de comunicación, en las regiones fluviales, especialmente, el pacto fraternal toma un sentido más amplio. Los ríos, que bajo el antiguo régimen, por la multitud de pontonajes, por las aduanas interiores, no eran mas que límites y obstáculos, se convierten, bajo el régimen de la libertad, en las principales vías de circulación, poniendo á los hombres igualmente en relaciones comerciales que en relaciones de ideas y sentimientos.

Fué cerca del Ródano, á dos leguas de Valence, en el caserío de la Estrella, donde por primera vez se *abjuró de la provincia*; catorce comunidades rurales del Delfinado se unieron entre ellas y se entregaron á la gran unidad francesa (29 de Noviembre de 1789).

Hermosa respuesta de aquellos campesinos á los políticos, á los Mounier, que hacían llamamientos al orgullo provincial, al espíritu de división, que intentaban armar el Delfinado contra Francia.

Esta federación, renovada en Montelimart, no es solamente delfinesa, sino mezcla de muchas provincias de las dos riberas, Delfinado y Vivarais, Provenza y Languedoc. Estos son ya *franceses*.

Grenoble mismo, á pesar de su municipalidad y á despecho de los políticos, abdica sus derechos de capitalidad, porque quiere solamente ser Francia.

Todos parecen repetir el juramento sagrado que los campesinos han hecho en Noviembre: «¡No más provincias! ¡La patria!...»

Y ayudarse, alimentarse los unos á los otros, hacer pasar los trigos de mano en mano y de pueblo en pueblo por el Ródano (13 de Diciembre).

Río sagrado, que atravesando tantos pueblos, razas, lenguas, parece estar orgulloso de ser el camino, el universal mediador de productos, sentimientos é ideas, el lazo de unión, la fraternidad del Mediodía.

Es hasta tal punto dichoso en su matrimonio con el Saone, que bajo Augusto sesenta naciones de Galos levantaron allí sus altares, y allí mismo, en su parte más áspera, en el sitio austero y profundo que dominan los montes de la Ardeche, en la romana Valence, fué donde se hizo el 31 de Enero de 1790 la primera de nuestras grandes federaciones.

Estaban sobre las armas diez mil hombres representando, sin duda, á muchos centenares de millares. Había treinta mil espectadores.

Entre aquellas inmutables antigüedades, ante aquellos montes inmensos, ante aquel río grandioso, siempre diverso y siempre el mismo, se hizo el juramento solemne. Los diez mil soldados puestos con una rodilla en tierra y los treinta mil espectadores, de hinojos en el suelo, juraron la santa unidad de Francia.

Todo era grande, el lugar y el momento; y hasta lo fueron las palabras inspiradas y vivificadas por la sabiduría del Delfinado, la austeridad del Vivarais y el espíritu poético del Languedoc y la Provenza.

A la entrada de un camino de sacrificios que preveían perfectamente, en el momento de comenzar la obra grande y laboriosa, aquellos excelentes ciudadanos, se recomendaban unos á otros fundar la libertad sobre la única base sólida, «la virtud», que hace fácil la adhesión y el sacrificio, «y sobre la sencillez, la frugalidad y la pureza de corazón!»

Quisiera saber también lo que decían casi enfrente, en la otra orilla del Ródano, en el Vonte, los cien mil paisanos armados que hicieron la unión del Vivarais.